



Paul Ricoeur

EDITORIAL

TRASCENDENCIAS DE LA MEMORIA

Evocación de Paul Ricoeur

Manuel Maceiras Fafián
Universidad Complutense de Madrid

Albacea del tiempo, sustraída al devenir de la temporalidad, la memoria reintegra los fragmentos, recupera los pasos perdidos y articula la sucesión en la unidad de la vivencia, con el apremio de ceñir los recuerdos al amparo de la última ocasión en la que pude disfrutar de la compañía de Ricoeur. Fue en Santiago de Compostela y en La Coruña, con motivo del Homenaje organizado por Carlos Baliñas y Marcelino Agís, que en noviembre de 2003 allí le tributamos muchos de sus antiguos amigos y discípulos, llegados de toda Europa y Canadá. Con plena lucidez y sosiego nonagenario, nos dejó todavía buenas muestras de su humor ingenioso, de la agudeza que evitaba en sus intervenciones públicas. Como herencia y testamento habló sobre *La lucha por el reconocimiento y la economía del don*. En sus palabras percibí la resonancia de mis primeras impresiones: para Ricoeur ser reconocido es sentirse agradecido hacia cuantos participan en el intercambio de la gratuidad del don, rasgos del amigo y del maestro. La sensación de que agradecía a quien le reconocía, la tuve ya en la primera conversación con él, en un pasillo de la Sorbona, cuando me invitó a su casa de Châtenay-Malabry, planta baja de una de las dos viejas casonas rodeadas de frondosa arboleda —Les Murs Blancs— en donde Mounier había promovido la comunidad de pensadores personalistas, entre ellos H. I. Marrou, P. Fraisse, J. M. Domenach, por algún tiempo G. Marcel, y el propio Mounier hasta su fallecimiento en 1950. A esta célula madre vivificadora del ánimo y del entendimiento, se incorporó Ricoeur con su familia y allí murió. Todavía conservo la ficha en la que él mismo me anotó las indicaciones —dirección, metro, autobús— para llegar hasta Les Murs Blancs, en

donde durante un año preparé la tesina sobre Mounier, en la biblioteca que lleva su nombre, con sus fondos y bibliografía.

Rehusando los gestos triviales, cargado siempre de atención, amabilidad y respeto hacia su interlocutor, aunque poco efusivo en la expresión, Ricoeur añoraba Estrasburgo, sin ocultar su desazón por la impersonalidad de la Sorbona: anfiteatros abarrotados en sus cursos, falta de familiaridad entre compañeros, menguadas ocasiones para compartir proyectos... Buscando un espacio protector de la proximidad, en 1966 se ofrece para trasladarse a Nanterre, universidad de periferia. La primera vez que me citó allí, fue a las doce del mediodía y me invitó a comer en la cafetería de nueva la Facultad. Antes y después de mayo del 68, todos pudimos apreciar la figura de un Ricoeur activo y reactivo, arriesgando la cara, en actitud muy distinta a la figura confusa de Lévinas, esquivo y huidizo de las situaciones complicadas. Comprometido, escuchado y respetado por los más, indiferente o incómodo para otros, símbolo de honestidad para todos, comentaba sin amargura su fracasada contribución, como profesor y como Decano, a la superación de aquella confrontación irreconciliable, cuyas contradicciones se sintetizan quizás en la pintada garabateada en una de las aulas: *Ricoeur, vieux clown*. No cabe duda, entre el inmovilismo lastrado y el aventurismo irreflexivo, el horizonte del sentido común se desvanece y la cordura, dique ilusorio contra las desmesuras, juega papel cómico. En una de sus últimas visitas a Madrid, rememorando aquel ambiente convulso, me comentó que, al terminar la defensa de una tesis doctoral dirigida por Julia Kristeva cuyo tribunal él había presidido, un hombre ya maduro, evidentemente turbado y con lágrimas en los ojos, se le acercó para reconocer: «Yo he sido quien en Nanterre echó un cubo de basura sobre su cabeza». En fin, sin forzar los resortes del recuerdo, fueron aquellos tiempos de difíciles, también triviales intransigencias muy perceptibles respecto a su persona y a su obra, no sólo en la universidad, sino también en buena parte de la intelectualidad, sobre todo estructuralista y marxista, militantes en la exclusión y las alternativas, de las que no participaba su amigo Henry Lefebvre, a quien él mismo me presentó. Y, sobrepuestas las discrepancias, fue Ricoeur quien me aconsejó relacionarme con Lévi-Strauss, en el Museo del Hombre, a quien debo agradecer sus reiteradas atenciones, contrariando rumores sobre su talante.

En las ritualidades de aquella ebullición imaginativa, exuberante e intelectualmente compulsiva, para mi sorpresa le encontré en una de las sesiones multitudinarias del Seminario de Lacan. Recordando la situación aquí en Madrid, me comentó que ese día, al llegar a su casa, sonó el teléfono. Era Lacan interesado en saber qué le había parecido el Seminario. Su respuesta fue contundente: «No entendí absolutamente nada de lo que dijiste». Lacan colgó el teléfono sin mediar palabra y no volvieron a hablarse hasta la víspera de su muerte en 1981, cuando Ricoeur acudió a su llamada. Despidiéndose, ya en la puerta, le dijo: —«Paul, también tú me has fallado». —¿En qué te he fallado, Jacques?, respondió Ricoeur. —«Bueno, me has fallado un poco, sólo un poco», apostilló Lacan. «Palabras para mí preocupantes», decía Ricoeur, porque al día siguiente moría el polémico psicoanalista.

Con mis familiares más próximos, en más de una ocasión nos hizo partícipes de la profunda conmoción que le causó el suicidio de su hijo Olivier, con los traumas que lo motivaron, para él una prueba más de los insondables designios de nuestra condición humana. En fin, «interminables jornadas para un olvido imposible». Tampoco nos ocultó sus sentimientos de soledad cuando su esposa fue entrando en el ensimismamiento mental, perdidas las disposiciones comunicativas, lo más insoportable, «paradoja de nuestra propia racionalidad». Presencia abrumadora que se aceleró después de la muerte de la viuda de Mounier, quien por vecindad y afecto estaba tan unida a su familia desde hacía tantos años.

Creyente convencido, no pudimos retenerlo un sábado en Madrid porque debía participar en la Liturgia de la Palabra, en su parroquia de la Iglesia Reformada de Francia, a la que pertenecía desde su infancia, herencia de sus abuelos con los que se educó, huérfano de madre a los seis meses y el padre muerto en la guerra. Ambiente familiar que desde muy niño le infundió el afecto por lectura asidua de la *Biblia*.

Instalado en las distancias abiertas —del espacio a la palabra—, comentaba con gracia y amenidad las novedades encontradas en sus viajes por casi todo el mundo, para mí personalmente sugestivos sus comentarios sobre el costumbrismo simbólico de la Guatemala maya —de Chichicastenango al Petén— que visitó en compañía de Mircea Eliade. Preñado de Santiago, Toledo, Avila..., allí tuve la suerte de acompañarle. Admirador de Goya, visitado en cada viaje, en particular las *Pinturas Negras*, naufragio de la razón, reino de la imaginación astuta y sagaz. Lector insaciable de los grandes clásicos de la literatura y de la filosofía universales, los comentaba con agudeza sutil, aunque reconocía su escaso conocimiento de escritores en castellano, incluido *El Quijote*. En su última visita, paseando por los jardines linderos con el mar de mi Coruña natal, fue evocando algunos de sus autores más queridos, entre ellos Dostoievsky. Sin embargo, para entonces sus lecturas no estaban ya en la filosofía ni en la literatura. Su libro de cabecera, «motivo de reflexión y meditación» era *Paroles du Christ* de Michel Henry, por quien sintió siempre afecto y admiración, también pesar «porque no se le había reconocido todo su gran mérito».

Mi última conversación con Ricoeur tuvo lugar dos semanas antes de su muerte. Le llamé por teléfono en compañía de Agustín Neira, amigo de infancia y su traductor al español, para consultarle el título *Caminos del reconocimiento* como traducción de su *Parcours de la reconnaissance*. También en esta ocasión él mismo descolgó el teléfono: «Me gusta *Caminos*, sí me gusta. Estoy de acuerdo», contestó, reiterando su satisfacción y agradecimiento. Comentamos la contrapartida con el título *Caminos de bosque*, de Heidegger. Le preguntamos por su salud y contestó con decisión: «*Bien, muy bien*». Quedamos en que iríamos a visitarlo a fines de mayo con algunos otros amigos españoles. Esas fueron mis últimas palabras con Ricoeur, antes de que la ejecución inexorable de la ley sobrenatural y natural decretase el final de su vida.

Recibí la noticia de su muerte la mañana del mismo viernes 20 de mayo de 2005, a través de un correo electrónico que a algunos de sus amigos más próxi-

mos, siguiendo sus notas, nos dirigió la profesora Catherine Goldenstein, quien atendió con afecto y dedicación sus asuntos y compromisos en los últimos años. Perteneciente a su comunidad protestante de Châtenay, Catherine me escribió:

«Paul nos ha dejado para siempre. Se lo comunico sin reservas, pero no quiero que se entere por los medios. Pasé a verlo el jueves de 18 a 22 horas... Me dijo: "Cuénteme su jornada"... Como todos los días, se la describí, le di cuenta de alguna llamada de teléfono, etc. A las 22 horas, me susurró "deme las medicinas para la noche". Las cogió y juntos recitamos el "Padre nuestro...", cuyas primeras líneas pronunció lo más claramente posible... A la una de la madrugada respiraba con calma... A las 8 de la mañana estaba muerto con el mismo semblante tranquilo con el que yo le había dejado».

Fiel a su interpretación ecuménica de la fe, había previsto que en su inhumación en Châtenay estuviesen presentes dos amigos: el sacerdote católico Frans Vansina y el pastor de la parroquia de Robinson, Philippe Kabongo. Con el mismo sentido ecuménico se celebró el acto del jueves siguiente en el templo del Oratorio de Paris, en el que participaron el padre Jean Greich y el protestante Hans Christoph Askani.

Libertos de convencionalismo, sin dejarse arrebatar por méritos transeúntes o matrices retóricas, no me parece aventurado decir que para cuantos le tratamos y hemos querido como modelo de acción y de pensamiento, la herencia de Ricoeur no está en ninguna de sus páginas, sino en sus últimas palabras recitando el *Padre nuestro*... A su trasluz, se percibe la gratitud por la filiación divina, la aprehensión y expresión de la esencia del humanismo no deshuesado, «al otro como a sí mismo», a la disponibilidad que no obstaculiza los dones recibidos con la noble encomienda de repartirlos.

MANUEL MACEIRAS FAFIÁN